

¡ Es que el pasado para mi alma encierra
Plácida historia en letras de oro escrita !

¡ Es que siempre esperaba tras la noche
Albas y flores, glorias y sonrisas !

Mas hoy que he visto con pesar profundo
Destrozadas las flores de mi vida,
No ya en las horas del silencio aguardo
Tras de las sombras un risueño día.

Y en el triste abandono que me abruma,
Sin ilusiones ya falto de dichas,
Tras la noche de mi alma sólo espero
Que luzca el alba de la eterna vida!

J. J. Julio y Elizalde.

UN CURA DE ALDEA

CUENTO

I.

Corría el invierno de 1828.

En un pueblecito de la diócesis de Lyon (Francia), vivía un joven sacerdote recién ordenado, encargado de la cura de almas. Era afable y bueno con todos, y sus consejos y su humilde fortuna se hallaban siempre á disposición de los desgraciados.

Amaba á Dios y amaba á los hombres. En muchas circunstancias había demostrado que la amenidad en el trato no siempre es indicio de debilidad de carácter. No pocas veces se había visto obligado á defender los derechos de la parroquia contra las usurpaciones revolucionarias del consejo municipal, y como se trataba de sus ovejas, el buen pastor había logrado, conciliándolo todo, atraerse una general simpatía.

Jamás emprendían cosa alguna los habitantes de aquel oscuro rincón de Francia, sin que fuesen á consultar á su párroco. Podía asegurarse que él era en la aldea el abogado, el notario, el arquitecto, el médico y hasta el escribiente. El era quién llevaba la correspondencia de su diminuto reino, en el que apenas había quien supiese leer los Evangelios escritos en gruesos caracteres en los antiguos libros del Cura.